

VFDU1-1618

FONDO  
PINEDA  
295

L. 22 IX / 23 // H 921

"Biblioteca Pineda" <sup>23</sup> Acad.

Estante L. - Forno 22.

De las diez y nueve (19) piezas  
que formaban este volumen  
fue sustraída la pieza n.º 10  
Biografías de Pantaleón y José  
Gregorio Gutiérrez." <sup>23</sup>  
3 de octubre de 1.919

Anselmo Pineda D.

h.

Índice  
de las piezas contenidas en  
este Tomo.

1. 1850-1853 } Noticia biográ-  
fica del venerable  
Padre Pedro Claver  
de la Compañía de  
Jesus, Apóstol de los  
negros de Cartagena  
en Nueva Granada =  
Noticia biográfica  
del Sr. Jac' Ca-  
rriño Maurique,  
hijo de la ciudad de  
Bogotá.
2. 1867 - Decreto que  
honra la memoria  
del dignísimo Obispo  
de Papayón, D. Pedro  
Ant. Lamas, expedido  
por el Presidente de los  
E. U. M. de Colombia

Gran General F. C.  
de Herrera, en atencion  
a los importantisimos  
servicios que presto es-  
te Prelado en la guerra  
de la independencia.

3 - 1866 - Biografia del  
ilustre Sr Obispo de Antio-  
quia, Dr. Domingo An-  
tonio Prieto, por Sa-  
lomon Haceró. Seguida  
de una composicion poetica  
a la memoria del ilustre  
Prelado, por el Sr Ace-  
sio Cervera.

4 - 1863 - Cuadro biogra-  
fico del Dr. Manuel  
Fernandez Saavedra, des-  
de su nacimiento hasta  
el 31 de julio de este año.

5 - 1867 - Biografia de  
Monseñor Manuel José  
Anaya, escrita por los

Senores Juan A. Gutierrez  
de Pinney, Juan A. de  
Arias, Jose' A. Favon  
y Luis de Porras - Se-  
guida de la "Vindicacion  
de los dias de la iglesia  
catolica, ante la represen-  
tacion nacional", escrita  
por el Dr. Araya.

6 - 1864 - Pasos bio-  
graficos del Dr. Fernando  
Fonj, por J. Oliveri.

7 - 1851 - Notas biogra-  
ficas de Cristoval Colon,  
Francisco Miranda, Fran-  
cisco Ant. Zea, Bolivar,  
Santander, Sucre, Paez,  
Picaurte, i Pulicarpa Zu-  
labarrieta -

8 - 1851 - Notas biograficas  
Fernando VII, Lord We-  
llington, Jose' IV, Cer-  
vantes Saavedra, Nelson,

9- 1854. Biografía del Dr. Estanislao Vergara -  
10 - 1866. Biografías de los  
Gubernos (Pantaleon y  
Jose Gregorio)  
11 - 1856. El Ciudadano  
Mariano Espinoza Madri-  
guez o relación de sus  
hechos - Seguido de  
un compendio de sus  
principios políticos.  
12 - 1866 - Carana fu-  
nebre del Coronel D. José  
Carmelo Borda, ingeniero  
civil y militar. Muerto  
gloriosamente en el em-  
bute del Callao contra la  
escuadra española el 2  
de mayo de este año - Se-  
guido de una relación de

Los nombres funebres que  
se le tributaron en  
el Perú, de unas pae-  
sias a su memoria  
i unas cartas honori-  
ficas-

13- 1860 - Recuerdos na-  
cionales. José Acuña  
i Gómez, procer de  
la independencia  
nacional. Por la  
Sociedad J. A. de G.

14 - 1856 - Apuntes bio-  
gráficos del Dr. Miguel  
Gómez, por el Señor  
Benjamin Pereira  
Gómez quien los de-  
dica a la Srta Edu-  
vigis Páramo de Gómez.

15- 1866 - Federico Schi-  
ller, reseña histórica  
de la vida i escrito de  
este grande hombre. Sa-

cada de documentos auten-  
ticos, seguida de la traduc-  
ción en libre prosa castella-  
na de sa famoso "carta a  
la compaña" i dedicada  
a la inteligente i estudio-  
sa juventud de Colombia,  
por José Rafael Pizarro -  
16 - 1863 - Retrato de Bo-  
lívar - Dapio escrito por el  
Señor Ant. Leocadio  
Guzmán al retrato del  
Libertador ejecutado por  
el habil artista Señor  
José Ma. Espinosa.

17 - Un retrato al Bolívar  
Un amigo del país felici-  
tado al Señor José María  
Espinosa como autor de este  
admirable retrato - cuadro  
18 - 1864 - Mapa de ser-  
vicio del Señor José  
María Espinosa por su

cual consta que prin-  
cipio sus servicios a la  
patría desde 1811 y que  
se halló en los acciones  
de guerra de Alto Paba-  
ce, Calihio, Inonambin,  
Fasines, Pasto, el Pato  
y la Luchilla del Fambó  
19. 1851- Biografía de  
la Srta. Doña Teasnetty  
de Galaviz, escrita por  
el Sr. Don J. M. de Guzmán-  
-vici



copiado

REPUBLICA DE COLOMBIA  
BIBLIOTECA NACIONAL

OBRA

No.

4921

ANAQUEL

No.

ESTANTERIA

No.

SALA

No.

12

MATERIA

No.

ENTRO EL

No.



Fondo Pineda.  
Nº 295.



## AD MAJOREM DEI GLORIAM.

Noticia biográfica del venerable padre Pedro Claver de la Compañía de Jesus, apóstol de los negros de Cartajena en Nueva Granada.



Nació el venerable Pedro Claver en Verdú, principado de Cataluña, en el año de 1585. Hizo sus primeros estudios en las aulas de los jesuitas en Barcelona, i aquí solicito ser recibido en la Compañía; mas los superiores no consintieron en ello hasta contar con el beneplácito de sus padres, de quienes se hallaba ausente, los cuales, cuando supieron la pretension de un hijo, convinieron gustosos en ello.

Con este permiso fué recibido en Zaragoza el dia 7 de agosto de 1602; dia de la octava del santo fundador de la Compañía. Sus fervores i su exactitud en el noviciado fueron el ejemplo de to-

dos. Tan constante fué en todas estas virtudes que despues de muchos años habiéndolo visto en Cartajena el padre Gaspar Sobrino, que venia de Visitador i habia sido connovicio con el venerable, dijo, al notar su sencillez, su observancia i su modestia. «Tan novicio está hoi el padre Claver en su modo i porte, como cuando yo le conocí en el noviciado.» I es preciso saber que en el noviciado era voz pública que nadie le habia visto quebrantar una regla; lo que era demasiado decir, porque en la Compañía, son tantas i tan menudas, que con verdad se puede decir que no hai accion interna que no dirijan, ni esterna que no enseñen; por cuya razon, no obligan en conciencia ni bajo pecado venial, siendo únicamente directivas. No faltar, pues, a ninguna de estas direcciones, que todas tienden a la perfeccion, es cosa que apenas puede ponderarse, i mas bien es obra de la gracia divina que del cuidadoso estudio de su observancia. Pero aun admira todavia mas lo que el hermano Nicolas González, sacristan del colejio de Cartajena depuso en el proceso de canonizacion del venerable Claver; a saber; que en veinte i dos años que estuvo asociado al padre Claver, que era ministro, i como tal tenia que tratarlo no solo diariamente, sino a cada momento, jamas le notó la menor falta o quebrantamiento de ninguna regla de la Compañía.

Acabó el noviciado, i en el año de 1604 a seis de agosto, se consagró a Dios, constituyéndose religioso con los votos del bienio. Enviaronle luego a Gerona a repasar la gramática, i no solo se perfeccionó en ella i en la retórica, sino que adquirió mui buenos principios de lengua griega. Pasado asi un año fué señalado para cursar facultad mayor en Mallorca, i aquí empieza la vida espiritual del venerable Claver. A su llegada a este colejio

con el primero que se vió fué con el venerable hermano Alonso Rodríguez que era portero. Este hermano cuadjutor, i en su humilde empleo de portero, era respetado ya por hombre de ejemplar virtud i favorecido de Dios con divinas ilustraciones; tanto que era estimado por gran maestro de espíritu, i como tal consultado por los hombres mas doctos.

Tres años estuvo allí el venerable Claver teniendo por maestro espiritual al hermano Alonso Rodríguez, de quien no perdía ejemplo ni accion; i en las letras fué tal su aprovechamiento que mereció ser elejido para sostener el acto de toda la filosofía que presentó el colejio, i concluido el curso de filosofía, le mandaron pasar con sus condiscipulos a estudiar teología a Barcelona. A los dos años de estudio en este colejio, fué destinado para las misiones de América, con lo cual vió cumplido lo que tanto habia deseado i a lo cual le habia impulsado el venerable Rodríguez. Partió luego: llegó a Tarragona i de aquí siguió para Valencia, segun la órden que se habia dado. En este viaje se le manifestó por sus compañeros que con detencion de dos días podia pasar a Verdú a despedirse de su familia; pero el santo misionero contestó con el ejemplo de San Francisco Javier, que Dios le llevaba a Indias i no a su casa.

Llegados a Sevilla dispuso el padre Alonso Mejía que fuesen ordenados los que tuviesen edad cumplida. El venerable Claver era uno de ellos, pero su humildad le sujirió tales razones para no recibir por entónces las órdenes, que se embarcó sin otras que las de corona i grados que habia recibido en Verdú siendo seglar. Dióse a la vela en abril de 1610 i llegó con prosperidad a Cartajena, en cuyas playas besó la tierra cual si fuera su tierra de promision. Entró al colejio, que apenas se

le daba aquel nombre por vivir allí los jesuitas, pues que no era mas que una casa estrecha con una iglesia de diez varas de largo, i tan húmeda que se-hacia lodo en el pavimento.

Estando ya en Cartajena dispuso el provincial que viniese a Santafé el venerable Claver, para que acabase en este colejio sus estudios. Obedeció este; vino al colejio, i examinado luego para su profesion, se le mandó al noviciado de Tunja, que a la sazón se formaba. De aquí se le envió otra vez para Cartajena, donde debia recibir las sagradas órdenes, como en efecto las recibió de mano del Illmo. señor Don Frai Pedro de la Vega del órden dominicano, que era obispo de aquella diócesis, lo que se verificó en 19 de marzo de 1616.

Habia establecido algun tiempo ántes el padre Alonso Sandoval en Cartajena el nuevo ministerio de la catequizacion de negros jentiles que se traian de Africa para proveer de trabajadores las haciendas i minas de Indias; i el padre jeneral Claudio Acuaviva, penetrado de la importancia de dicho ministerio, ordenó al provincial de Santafé que mandase algunos sujetos de los mas fervorosos para que, formados al lado del padre Sandoval, hubiese quien le reemplazase i continuase aquel apostolado luego que él faltase; i esta fué la razón porque se destinó al venerable Claver a Cartajena; razón que ella sola hacia su elojio.

Debe saberse que en aquellos tiempos Cartajena era el puerto a donde venian todos los navíos que de Europa pasaban a este reino i los del Perú. Su mayor comodidad para el comercio hacia que todos los años viniesen lo que llamaban *armazones* de negros, es decir, buques cargados de esta mercancía que tal lo era entónces, i tan productiva que, comprados en Africa a cinco ó seis pesos cada uno, se vendian en América a doscientos pesos. El inhu-

mano interes del dinero hacia las ferias tan abundantes en este artículo que hubo año de desembarcarse trece mil negros.

Los negociantes que los traian jentiles, jentiles los vendian, dejando al que quisiera, el cuidado de sus almas; i este fué el ministerio que entabló el padre Sandoval i que continuó el venerable Claver, la catequizacion de estos infelices negros vozales que traian como fardos, o como bestias en los buques, amontonados, sanos con enfermos, vivos con muertos i entre todas las inmundicias; lo que hacia insoportable al olfato i a la vista un desembarque de aquellos; pero aquí era donde el padre Claver saciaba todo el celo de su caridad. ¡Oh, qué grande es el espíritu del catolicismo! cuándo nos presentaran los ministros protestantes ejemplos como los del santo apóstol de los negros?

Luego que aportaba algun navío, acudia volando en alas de su caridad el venerable Claver a visitar a aquellos desgraciados que para él eran sus mas queridos hijos. Entraba al buque e introduciéndose en lo bajo de la escotilla entre aquella multitud de forzados, de desesperados, respirando un aire pestilente con tantas inmundicias i la fetidez natural de la raza, se hacia entender de todos ellos por medio de negros intérpretes que llevaba de los ya catequizados i civilizados. Por medio de estos los consolaba haciéndoles entender que no iban a la muerte, como ellos se lo figuraban: que él era su abogado i defensor; que obligaria a sus amos a que los tratarasen bien i les diesen todo lo necesario; que la relijion cristiana era caritativa; que enseñaba que todos eran hermanos; que en presencia de Dios no habia esclavos ni libres, sino que todos eran hermanos. A estas palabras juntaba el santo misionero las demostraciones mas tiernas con que hacia comprender a los bárbaros

la verdad de lo que les decia i con lo cual cobraban ánimo, se llenaban de consuelo, empezaban a mirar la religion como un bien, i a su ministro como a su libertador. Allí mismo sacaba comestibles i ropa que siempre llevaba para regalarles; i así mismo remedios para los enfermos, que por lo comun habia muchos i principalmente de llagas i otras enfermedades asquerosas que contraian por el desaseo, el calor i la poca ventilacion. A los enfermos atendia inmediatamente curándolos con sus propias manos con la mayor dulzura i cariño. Averiguaba inmediatamente por los niños que hubiera, para bautizarlos, a lo que los negros no hacian oposicion, tanto por efecto de su mismo carácter bárbaro i salvaje, como por el respeto i veneracion que inmediatamente cobraban al padre, en quien no veian otra cosa que un ángel del cielo enviado para favorecerlos.

Luego que el padre concluia esta primera visita se retiraba del buque, i venia a prevenir sus cosas para recibir en la playa a los negros luego que los desembarcasen. Cuando esto se verificaba ya encontraban allí a su padre i protector que los abrazaba i acariciaba, i con sus intérpretes al lado seguia en su piadoso oficio consolándolos, animándolos e instruyéndolos en las verdades de la religion. Luego arreglaba los alojamientos donde habian de ir, disponiendo camas i remedios para los enfermos, asistiéndolos i curándolos; i a los sanos haciéndolos limpiar, vestir i alimentar, i los sacaba a los patios para enseñarles la doctrina por medio de sus intérpretes.

Como los negros que desembarcaban siempre eran muchos, tenia que dividirlos en varios cuarteles; i de consiguiente el trabajo que empleaba en uno, tenia que repetirlo en otro. Trabajo insufri-

ble por su propia naturaleza, pero aun mas insufrible por tener que hacerlo en un temperamento tan bochornoso como el de la costa. Dia hubo que engolfado el venerable misionero en la gloria de Dios i bien de aquellas almas, se olvidò de comer, sin duda porque lo sustentaba aquel manjar de que hablaba Cristo a sus discípulos en la fuente de Jacob, cuando les dijo: *Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus, qui misit me ut perficiam opus ejus.*

Luego que los negros recién desembarcados estaban repartidos en sus alojamientos, empezaba el cuidado i asistencia de los enfermos, i a este trabajo se unia el de la instruccion cristiana para administrarles cuanto ántes el Sacramento del bautismo, pues no sabia el padre con cuánto tiempo podia contar para instruirlos regularmente, porque esto dependia de la concurrencia de compradores. Nunca se podia en un desembarque de negros ponerlos aptos a todos para recibir el bautismo, porque habiendo entre ellos diversidad de inteligencias, unos lo estaban ántes que otros, i así el trabajo era complicado i constante. Solo habia la ventaja de que por razon de su misma barbarie, no se resistian a recibir la doctrina; eran poco ménos que brutos estos infelices cuya suerte solo la Relijion podia hacer llevadera al considerar que si venian a ser esclavos de los hombres, era para dejar de ser esclavos del demonio.

A medida que iban teniendo la suficiente instruccion, el venerable siervo de Dios les administraba el santo sacramento del bautismo, i de aquí resultaba que no habia dia en que no se ocupase en este ministerio, i dias hubo en que no tuviese lugar ni aun para tomar alimento. Fué prodijioso el número de negros que bautizó. Oigamos lo que sobre esto dice el Vicario de Jesucristo en su breve de

beatificacion dado en Roma a 16 de julio de 1851. « ¡ Qué maravilla, verlo por mas de cuarenta años trabajar soportando con valor i fuerza rigores i molestias sin número para instruirlos i bautizarlos! ¡ Qué multitud de negros la que ganó para Cristo i su Iglesia, sostenido únicamente por su caridad, de manera que se refiere haber llegado el número a centenares de miles»..... « I como si fuesen de poca monta los trabajos en que se maltrataba asiduamente por cuidar de los africanos, no dejaba por esto de ausiliar a los demas que moraban en Cartajena, así vecinos de ella, como forasteros; esforzándose en tornar a la honestidad i a la templanza a los que se daban a la licencia de costumbres: en reducir herejes a la verdadera fé, i en hacer a los mahometanos que saliesen de la esclavitud de su supersticion a la libertad cristiana. Las horas que en la alta noche le quedaban, despues de tan laboriosas tareas, quitando la mínima parte que daba al reposo, empleaba el resto en la oracion rogando a Dios, a su Santísima Madre la Virgen María i a los santos ánjeles. Tan encendido se hallaba en el amor de Dios, que en medio de todas sus ocupaciones se le veía absorto en Dios. Cuanto era benigno i afable con los demas hombres, especialmente con los rudos, tanto usaba consigo de austeridad, i riguroso afligia asiduamente sus gastados miembros, como que desde los primeros años se habia acostumbrado a reducir su cuerpo a servidumbre con durísimo jénero de vida.» (1)

Pero ¿quién podrá ponderar las penas en que se hallaba viendo que, por el interes pecuniario, arran-

---

(1) Esto es parte de lo que sobre las virtudes del bienaventurado Cláver contiene el breve del Sr. Pio IX. Quien quiera saber lo demas, véalo en el número 44 de *El Catolicismo* de 1852.

caban de entre sus brazos a aquellos hijos queridos aun no bien instruidos en la fé i algunos aun sin bautizar? El corazon se le iba tras esos infelices considerando su ruina espiritual i los trabajos que se les esperaban. Esta pena era mayor que todas las que pasaba en su curacion i en su catequizacion. Apenas se sabia el arribo de una embarcacion cargada de negros, cuando acudian los comerciantes i hacendados al mercado que de ellos se hacia; i como por una parte cada cual queria comprar de los primeros para llevar los mejores; i por otra, los vendedores querian feriarlos cuanto ántes para no esponerse a que se les murieran i aborrar los costos de manutencion, los unos se apresuraban a comprar i los otros a vender; de modo que en pocos instantes pasaban los negros a diversos dueños, unos para llevarlos a vender a otras partes, i otros para llevarlos a sus haciendas. Mucho fué lo que tuvo que sufrir el celoso misionero por parte de estos traficantes a quienes nada interesaban las almas i mucho el dinero. Pero lleno del espíritu de Dios les hablaba con autoridad. *Erat enim docens eos sicut potestatem habens* (2); i les hacia presente la cuenta que tendrian que dar en el tribunal de Dios por la pérdida de aquellas almas que estaban en sus manos i que así menospreciaban por el dinero, sin tener en cuenta la sangre de Jesucristo que las habia redimido. Con esto conseguia muchas veces que dejasen los negros por todo el tiempo necesario para que fuesen bien instruidos en la doctrina i bautizados, a lo que se agregaba el bien corporal de poderse reponer de los trabajos de la navegacion i las novedades del clima. Pero otras veces, i era lo mas comun, de nada servian los ruegos i amonestaciones, i los hacendados o comerciantes arreaban las par-

(2) Mat. VII, 29.

tidas de esclavos como quien arrea mulas; llevándose unos a medio instruir i otros acabados de bautizar, que puestos ya en el trabajo de los trapiches i minas, ninguno habia de seguir con el penosísimo trabajo de enseñarlos para que pudiesen cumplir con los preceptos de la Religión i vivir como cristianos.

Esto lo sabia el santo misionero que haciéndose todo para todos, así estaba en la ciudad entregado a toda suerte de fatigas en el servicio de Dios i salvacion de las almas, como andando por las haciendas i trapiches de las inmediaciones de Cartajena, visitando a sus queridos negros para continuarles la enseñanza i doctrina de que se les habia privado al quitarlos de su lado. En esto empleaba el tiempo que le dejaba de descanso los arribos de buques de Africa; i aquí era donde se le veia caminar a pié al rayo del sol i en el clima abrasador de la costa, por entre riscos i montañas, barzales i ciénagas acometido de nubes de insectos i amenazado de culebras i tigres, con su bordon en la mano acompañado de un hermano coadjutor, ámbos cargados de remedios i alimentos para subvenir a las necesidades de los negros.

En la ciudad estaba al servicio no solo de los negros, sino de todos cuantos pobres i enfermos lo necesitaban. De cuartel en cuartel, de casa en casa andaba buscando enfermos a quienes consoláría quienes asistir espiritual i corporalmente. Su primer cuidado era el del alma, i en viendo alguno de peligro, consolándole i exhortándole a contricion le administraba el viático, para cuyo ministerio tenia licencia del obispo. El suplía el descuido jeneral de todos para con los pobres, i siempre salia del colejo con una alforja al hombro con alimentos i remedios, buscando por donde quiera a los necesitados. Consta en el proceso de canonizacion por declaracion de varios testigos oculares de los que le

acompañaban en estas diligencias, que les era imposible entrar en algunas de las habitaciones de los negros enfermos, por no poder sufrir la fetidez que exhalaban con las llagas i tanta inmundicia; i en estas inmundas habitaciones donde a ellos les era imposible entrar, entraba el padre Cláver lleno de amor, abrazándolos i acariciándolos como a sus hijos, los curaba con sus propias manos, los limpiaba con su pañuelo e hincado de rodillas, recibiendo su apestado aliento, los confesaba. Enfermos hubo, tanto entre los negros como entre los indios, que estuvieron al solo cuidado del siervo de Dios por espacio de diez i catorce años, a quienes nunca dejó de asistir i visitar cada tercer dia, no solo llevándoles los alimentos i los remedios, sino ropa, i por estar enteramente abandonados de toda persona, como sucedió con un indio i una negra, él mismo les barria i aseaba la habitacion donde yacian; teniendo el indio la suya en un rancho de palos i palma fuera de la ciudad.

Aun cuando no fuese determinadamente a ejercer su caridad, Dios le ofrecia ocasiones para ello, i su siervo jamas las dejaba pasar desapercibidas, i como los pobres eran el objeto de sus cuidados, un dia hallando a uno tan cubierto de llagas cancerosas en las piernas i brazos que no podia valerse, lo cubrió con el manto i echàndoselo a la espalda lo llevó cargado al hospital. Aquí no hacemos sino apuntar algunas cosas. En el proceso de canonizacion brillan a competencia los hechos de heróica caridad en que pasó toda su vida en Cartajena el bienaventurado Cláver, i los milagros que obró.

No se contenia esta insaciable caridad del siervo de Dios en los límites de aquel campo cuyas puertas estaban abiertas a todos. En las cárceles i calabozos se empleaba asistiendo i socorriendo a los presos; era su abogado para con los jueces; componia

discordias; pagaba las deudas de los pobres i amistaba enemigos.

En el tiempo de la cuaresma se redoblaban sus trabajos para que todos, i en especial los negros, cumpliesen con la Iglesia. Salia por las calles despues de medio dia i con una campanilla que tocaba, convidaba al confesonario a donde le encontraban todos i del cual no se levantaba hasta haber despachado a la multitud que le rodeaba. Para los pobres tullidos i demas enfermos que no podian concurrir por sus piés a la iglesia, tenia unas sillas de manos, que a propósito habia mandado hacer, para que se los llevasen.

En la predicacion era constante: sus pláticas i sermones eran siempre sencillos pero llenos de uncion e instructivos. Estableció en los domingos ciertas procesiones públicas en que salia con algunos negros i los blancos que se le juntaban, llevando un estandarte, el Crucifijo i una mesa en que subia para predicar, esplicando puntos de la doctrina i exhortaba a la reforma de costumbres, a la penitencia i a la práctica de las virtudes.

En el ejercicio de la oracion era tan perseverante que se puede decir que no habia momento en que perdiese la presencia de Dios; lo que todos conocian por las repentinas e involuntarias jaculatorias con que prorrumplia su espíritu, elevando sus ojos al cielo con enardecido semblante. Esta era otra predicacion elocuente con que se hallaban sorprendidos los circunstantes, cuyos corazones no podian ménos que conmoverse eficazmente al ver aquellos santos transportes. Declaró con juramento en el proceso, el hermano que por veintidos años le acompañó, que en ninguna ocasion, ninguna noche, ni en ninguna hora de ella, que fuese con algun motivo al aposento del padre Cláver, dejó de hallarlo de rodillas o postrado en meditacion.

Por su tierna devocion a la Santísima Virjen, acostumbraba decir misa en la capilla de Nuestra Señora llamada *del Milagro*. Allí, al tiempo de celebrar el santo Sacrificio, se le veia arrobado en éxtasis; su fervor i su ternura conmovian a los circunstantes; qué devocion, qué atencion en las santas ceremonias! No hai duda que esta fervorosa i continua oracion era efecto de su encendido amor de Dios; el cual le obligó a la vida tan áspera i tan fatigosa que llevaba. Este fuego del amor de Dios era el que le salia al exterior, pues muchas veces observando algunos su aposento, cuando estaba en oracion, vieron tan viva luz como si tuviera gran fuego dentro de la habitacion cuando no tenia luz alguna encendida. Este prodijio se hizo visible aun de dia al arcediano de Cartajena, Dr. Don Francisco Rivero, que entrando una vez, como tenia de costumbre, al hospital de San Lazaro a dar limosna a los pobres, vió al siervo de Dios en medio de algunos de ellos explicándoles la doctrina, i que de su rostro salian tan grandes resplandores, que dudando si era ilusion, por cerciorarse bien, se paró a alguna distancia como a oír la doctrina, i observándolo con toda atencion, se convenció de que no cabia ilusion en lo que veia, porque al acabar la plática cesó el resplandor.

El amor de Dios que viene del conocimiento que se tiene de su Majestad, enjendra en el hombre el conocimiento de sí mismo, i este propio conocimiento enjendra la humildad, i por eso siendo tan grande en el bienaventurado Cláver, el amor de Dios era en proporecion de su humildad. ¿E cómo no habia de ser sumamente humilde quien era tan santo? ¿Acaso puede haber santidad sin humildad? Ya hemos dicho al principio como trató de escusar el recibir las órdenes i que su pretension se dirigia a no salir de la clase de hermano coadjutor de la

Compañía; porque no se creia digno del sacerdocio. ¡ Tal era la idea que tenia de la santidad que se requiere para abrazar este estado! ¡ Qué leccion para los que se dedican a él! En el colejio i en todas las ocasiones, siempre andaba buscando para sí el último lugar; si iba a revestirse para decir misa, escojia el ornamento mas pobre. El grande arzobispo de Santafé, el Ilustrísimo Señor Don Fernando Arias de Ugarte en sus cartas al Papa i al Rei acostumbraba firmarse, por amor a los indios, *Fernando indio arzobispo de Santafé*: el padre Cláver, tan humilde como afectuoso por sus negros, se firmaba, *Pedro Cláver esclavo de los negros esclavos*.

La sumision a sus superiores i su obediencia eran tan rendidas que no vacilaba jamás un punto en obedecer, aun cuando fuese a costa de dejar de hacer algo bueno o practicar virtudes, porque sabia que en la vida del relijioso, todas las virtudes deben encerrarse en la de la obediencia. Todos los meses daba al superior cuenta, como un niño, de sus ejercicios i de sus mortificaciones; i pedia con lágrimas se le dejase proseguir, cuando espantado el superior de los penitencias a que sujetaba aquel cuerpo tan trabajado en las fatigas del ministerio, trataba de hacérselas suspender. Engolfado i lleno de santa alegría estaba en un lugar de Tolú haciendo abundante fruto en una mision cuando el Rector de Cartajena le mandó a llamar. Al punto dejó la mision i sin reparar en el fruto que dejaba de hacer, ni en el tiempo que era de grandes lluvias i aires, tomó el camino a pié, sin que hubiese fuerzas humanas que se lo estorbasen: la obediencia era ante todo. Su castidad era anjelical ¡ qué delicadeza en todas sus palabras, acciones i movimientos, nunca levantó sus ojos para mirar una mujer aun cuando se viese precisado a hablar con ellas. En la penitencia

i mortificacion de la carne, el bienaventurado Clá-  
ver era otro San Pedro de Alcántara. Disciplinaba  
su cuerpo dos veces por la noche i una a la madru-  
gada cuando se levantaba a prepararse para decir  
misa, i eran tan crueles estas disciplinas que se  
oian hasta la calle, como lo observó particularmente  
el alcalde de la ronda, que picado de curiosidad fué  
por el dia a preguntar qué padre vivia en tal apo-  
sento, cuya ventana alta estaba en cierto lugar há-  
cia la calle, porque habia llamado a los de la ronda  
la atencion el fuerte ruido de los azotes. Usaba  
varias clases de cilicios pero los ordinarios que no le  
faltaban, eran unas sogas de cerda que debajo de la  
camisa tenia envueltas, una que le cubria desde la  
cintura hasta bajo de los brazos: otras dos en los  
brazos desde el codo hasta el hombro, i otras en  
los muslos. Esto se descubrió en cierta ocasion,  
que estando en una casa le atacó un acciden-  
te con privacion de los sentidos: lo metieron en  
una cama i habiendo venido el médico a reconocerlo,  
lo halló así fajado con tan cruel mortificacion. Sus  
ayunos i abstinencias eran rigurosos i continuos i  
así, tanto este médico como los otros que le asis-  
tieron en la última enfermedad, fueron de parecer  
que la mucha penitencia le habia traído a aquellos  
términos.

En el año de 1650, llegó a Cartajena la jeneral  
indulgencia i jubileo del año santo, i aquí fué donde  
el siervo de Dios redobló sus trabajos para que to-  
dos aprovechasen la indulgencia. No era tan terri-  
ble esta tarea en la ciudad cuanto en las estancias  
i trapiches a donde salia a preparar las almas para  
que recibiesen aquellagracia, i así se fué destruyen-  
do, hasta que el padre Rector tuvo que prohibirle  
todo trabajo. Le atacó entónces un mal de epilepsia  
que despues de algo restablecido, lo dejó tan lisiado  
que casi no podia valerse por sí mismo i se hacia

llevar a las confesiones en una mala silla por dos negros.

Así le llevaron despues del 22 de agosto a casa de Doña Isabel de Urbina de la cual era padre espiritual. A ésta le dijo: «Señora, ya tiene ahí quien la confiese, que es el P. Diego Ramírez Fariñas que ha venido a mi oficio, que ya yo no lo podré hacer porque me voi a morir.» A pocos días, el 6 de setiembre, hizo que lo bajaran a comulgar i acabadas sus devociones, mandó a los negros que lo cargaban que le llevasen a la sacristía. Allí le dió las gracias al hermano sacristan su compañero, por lo que le habia servido. Se despidió de él como que iba ya a dejarlo para siempre; luego le subieron a su aposento i habiéndolo puesto en su pobre lecho quedó como dormido i fué un letargo del que jamás volvió. Al punto corrió la voz por toda la ciudad de Cartajena i todos gritaban por las calles: «*Murió el Santo, murió el Santo*!» «A esta voz concurrían todas las jentes i aunque se procuró cerrar las puertas, no lo permitió el concurso numeroso que acudia a tomar alguna cosa suya como reliquia i a besarle los piés i las manos. Pero las jentes que se acercaba a ejecutar acciones de tal respeto i veneracion, quedaban suspensas al reconocer que aun vivia; lo que solo se conocia al verlo tener firme el crucifijo en las manos i la vista fija en la sagrada imájen del Redentor. El día 7 por la mañana se le administró la Estrema-uncion. El día siguiente que era el de la Natividad de Nuestra Señora, recordaron todos lo que tres días ántes habia dicho, que moriria en el dia de la festividad de la Vírjen. En efecto, conocieron que el siervo de Dios iba a morir i subieron con multitud de otros sacerdotes a recomendarle el alma i euando estaban rezándole las oraciones para que le asistiese la Madre de Dios, hizo señal de silencio el hermano Nicolas Gon-

zález que estaba cerca de la cabecera, diciendo que ya habia muerto porque el rostro se le habia mudado repentinamente. Se acercaron todos a verle i le hallaron tan demudado como si estuviera perfectamente bueno. La palidez i la flacura habian desaparecido i una luz celestial resplandecia en las facciones del bienaventurado, que tranquilamente habia entregado su alma en manos del Criador al empezar la noche del 8 de setiembre de 1654, a los 71 de su edad i despues de haber pasado 40 en la penitencia i laboriosa vida del apostolado de los negros i socorro de los pobres.

Al doble de la campana el concurso fué inmenso. Todos querian ver al Santo: todos querian besarle los piés i tomar alguna reliquia suya. La congregacion de sacerdotes de Cartajena ocurrió pidiendo el cadáver para ponerlo en la iglesia en un magnífico túmulo que tenian preparado. Así se hizo con no poco trabajo por el gran jentío que ocurría i no daba lugar al paso. Al otro dia debia hacerle el entierro la Compañía, pero el gobernador i cabildo eclesiástico mandaron una comision pidiendo, que se depositase el cadáver para hacerle unas magnificas exéquias i que si no se dejaba por mas tiempo a la vista de tanto pueblo como concurría, podia temerse una conmocion, pues que todos pedian se les dejase venerarlo. Hubo de consentirse en esto i fué necesario poner guardias en la iglesia para contener desórdenes. Despues de las exéquias de la Compañía, siguieron las de las dos potestades, en que predicó el padre frai Manuel Breton, mercedario i provincial que fué de Charcas. Concluido el sermón, las autoridades eclesiástica, civil i militar condujeron el cadáver a la capilla del Santo Cristo de la Espiracion i lo depositaron en una bóveda, encerrado en una rica caja.

Señaló Dios la santidad de su siervo concediéndole el poder de obrar milagros así en vida como en muerte; estos constan del proceso de canonizacion

por declaraciones juradas de centenares de testigos, pues que de algunos milagros lo fué toda la poblacion de Cartajena, i pueden verse con otras mil maravillas en la vida que del bienaventurado Cláver escribió el padre José Casani. Aquí nos contentaremos solo con hablar de un hecho a que naturalmente nos conduce el hilo de la narracion, i es el de haberse conservado el cadáver del Santo no solo sin corromperse, sino fresco (i flexible exhalando un suave perfume que todos percibian con admiracion) hasta el tercer dia en que fué sepultado. Esto en un temperamento tan cálido como el de Cartajena, donde la carne de los animales que se matan para comer no dura de un dia para otro sin corromperse, agregándose el inmenso jentio que rodeaba el cadáver dentro de una iglesia con luces, lo que era suficiente para corromper el aire, todo esto, acreditaba plenamente el milagro que Dios obraba para dar testimonio de la santidad de su siervo i excitar en nosotros su veneracion (1).

La poblacion de Cartajena en todas sus clases i condiciones lloraba a su apóstol como el pueblo de Israel en la muerte de Samuel. Los negros jemian como huérfanos: los encarcelados lloraban a su abogado, i los enfermos de los hospitales por su sirviente i su consuelo. No satisfecha la ciudad con los funerales que se acababan de hacer al bienaventurado Cláver, costeó unas magníficas honras en que pronunció la oracion fúnebre o mas bien de triunfo, el R. P. frai José de la Circuncision prior de los candelarios. Al concluir esta funcion, el gobernador D. Pedro Zapata convidó para otra por su cuenta, que se hizo al otro dia i en la cual predicó el R. P. frai José Pacheco vicario jeneral i provincial de agustinos descalzos.

(1) El que esto escribe ha experimentado el favor de Dios por la intercesion del bienaventurado Pedro Cláver, con circunstancias mui particulares.

A todos estos funerales asistia la multitud de negros, a quienes para ello dejaban libres sus amos, i derramaban incesantes lágrimas por su padre, que así lo llamaban, i mas lloraban de ver que en su pobreza no tenian con qué tributarle algun homenaje; pero ¡oh portentos los del amor i el reconocimiento ¡oh imperio el que ejerce la virtud cristiana! Discurrieron los negros que recojiendo limosna podian hacerle unas honras, i poniéndolo por obra todos ellos se repartieron por las calles i pueblos pidiendo e insinuándose mas con sollozos i lágrimas que con palabras ¿I quién seria el que no alargase su mano para un objeto tal, i con procuradores de tales circunstancias? Esto tuvo por resultado unas honras mas solemnes i magnificas que todas las otras que se habian hecho, i el que voluntariamente se encargó de la oracion, fué el Dr. D. Gregorio Mellin, que pasaba a Popayan con la dignidad de tesorero de aquella catedral.

La ciudad de Cartajena encierra las reliquias del venerable Cláver i nosotros hemos querido escribir esta noticia de su vida en vísperas de su canonizacion, para que aquel pueblo recuerde que tiene un grande abogado en el cielo que alcanzará el remedio de sus males; si lleno de fé le tributa los cultos que ya la iglesia le tiene consagrados. I en fin, lo hacemos para promover su devocion en toda la Nueva Granada; i principalmente en la ciudad de Santafé i en la de Tunja; lugares santificados con el contacto de sus venerables plantas.—Quiera Dios que el Prelado de la Iglesia Metropolitana i el Ilustrísimo Sr. Obispo de Cartajena, se levanten a una de sus sillas: corran en busca del sepulcro del bienaventurado Cláver; tomen sus reliquias que yacen olvidadas i las espongan a la veneracion pública. Tenemos grande confianza de que entónces, el Señor levantará el azote de su justicia por la intercesion de su santo.

En 1851 el S. Ilmo  
Sr Obispo de Car-  
tاجو, Dr. Pedro  
A. Gomez exhibió  
los restos venerables  
de este justo varón

---